

AÑO XXXIII | Alicante 25 Julio 1904 | NÚMERO 7.

Tribuna libre

EN DEFENSA DEL IDEAL CRISTIANO

I

No me propongo con el presente trabajo defender á las Iglesias llamadas cristianas, de las cuales estoy completamente divorciado por lo que en ellas hay que desdice, en mi concepto, de la doctrina del Cristo. Propóngome sólo salir en defensa del ideal cristiano, tan rudamente atacado en nuestros días por inteligencias preclaras que figuran en las filas progresivas.

Y como entre los anticristianos más furibundos se cuenta un espiritista, D. Joaquin Julio Fernández, por tal circunstancia prefiero hacerme cargo de sus conceptos en vez de los de otro escritor, para oponer á ellos las ideas que yo abrigo respecto al ideal cristiano que él despiadadamente ataca en su obra *La Psicología de las Religiones*.

Y sin más circunloquios entremos de lleno en el asunto.

Dice así el Sr. Fernández en las páginas 32 y 33 de la citada obra:

«El Cristianismo creó, crea y creará eunucos, degenerados, decadentes, histéricos, atrofiados, nunca superhombres, fuertes, poderosos, dominantes, soberbios, altivos, capaces de tragarse á borbotones la vida intensiva de los seres *augustos*. El Cristianismo es la resignación, base fundamental del *orden*. El *orden*, palabra infame, tapadera de todo crimen. El *orden* es la parálisis, la muerte. Cuando el *orden* reina en un pueblo, es porque el cementerio reina por doquier. El orden es rojo como la púrpura y aguanoso como la fuente... Chorrea caños de sangre y lágrimas...

»El Cristianismo es esclavitud, tiranía, explotación, crimen. Cristo (si existió) fué un degenerado como Tolstoi ó un granuja como Mirabeau. El gran defecto que se destaca en el Cristianismo es el exceso de *piedad* junto con la absoluta carencia de *bilis*. Es una doctrina infame, porque es *humilde* y *perdona* en lugar de ser *altiva* é *insultante*.»

No se apresure el Sr. Fernández á extender la papeleta de defunción del Cristianismo, pues que no ha muerto ni lleva por ahora trazas de morir. Las religiones fundadas á la sombra del Evangelio de Cristo, puede convenirse que han entrado en periodo de descomposición; pero no por ser cristianas, sino por lo que de cristianas les falta. Si esas religiones no hubieran adulterado y ahogado con dogmatismos fuera de razón y de justicia, la pura doctrina del Crucificado, serían inmortales, porque inmortal es ésta. Faltaron á ella, y en esta falta estriba su indefectible muerte. No sostenga, tampoco, dicho señor, como lo hace en la página 45 de la obra que nos ocupa, que el Cristianismo ha muerto por no haberse cumplido en el año 1000 las terribles profecías que se propalaron, según las cuales en dicho año ocurriría la fin del mundo. Eso es un mero incidente, y quién sabe si promovido por enemigos y no por partidarios del ideal cristiano, que no afecta á éste en lo más mínimo, porque la doctrina queda intacta, sin faltarle nada, por no ser la creencia en tal universal desastre punto de doctrina.

Punto flaco es también el calificar de cobarde al Cristianismo, siendo así que si repasamos la Historia, hallaremos testimonios innumerables de la valentía, de la heroicidad de los cristianos, que por confesar su fe y no avenirse á una retractación, ni siquiera simulada, consintieron en sufrir toda clase de tormentos y suplicios, incluso ser arrojados á las fieras en los circos. Los firmes en la fe cristiana siempre han sido ejemplo de heroicidades semejantes. Si alguien, llamándose cristiano, vaciló, fué por la tibieza de su creencia. De modo: que á mayor grado de convicción cristiana, más entereza, más valentía, y á convicción más tibia, mayor cobardía. También en todos los tiempos, y lo mismo en los nuestros, se ha podido y se puede observar, que en todas las confesiones llamadas cristianas, aquel creyente que más se ha identificado con las doctrinas del Cristo, despojadas de los dogmatismos inventados por los hombres, resulta ser el más abnegado, el más valiente, el más invulnerable á las acechanzas de la tiranía y del vicio y que ningún obstáculo es capaz de hacer retroceder.

¿Será preciso presentar ejemplos que prueben lo que acabo de decir? Creo que no; es esto tan patente, está tan al alcance de todo aquel que quiera comprobarlo por sí mismo, que creo no tengo necesidad de hacer más extenso este trabajo intercalando ejemplos que á diario se ofrecen á la contemplación de todo el mundo. Sin embargo, ya que se cita á Tolstoi, éste y sus discípulos, así como los doukobors, en Rusia, que siguen las doctrinas del Cristo con alguna pureza, son ejemplos de valentía sin igual, contra los cuales nada pue-

den amenazas, persecuciones y atropellos de los czares. ¿Y se llama á Tolstoi degenerado? ¡Bendita degeneración! Bien pudiéramos ser todos degenerados á lo Tolstoi, que entonces ya para nada sería necesario hablar de regeneración, porque ya estaríamos todos regenerados, y no tendría necesidad el Sr. Fernández de escribir libros como *La Psicología de las religiones*, porque no habría el por qué.

Todo lo indicado viene á demostrar que está en un error el autor de *La Psicología de las Religiones* al sostener que el Cristianismo es la Religión que garantiza al déspota la resignación del esclavo, pues que sucede todo lo contrario, esto es, que aquel que compenetrado bien del ideal cristiano se haya asimilado las hermosas verdades que lo informan, no será jamás el juguete de un déspota, ni de nadie, pues nadie será capaz de quebrantar la rectitud de su conciencia. Por lo tanto, el Cristianismo *verdadero* nunca creó, crea ni creará «eunucos, degenerados, decadentes, histéricos, atrofiados,» como asegura el repetido autor; ha creado, por el contrario, crea y creará, los superhombres de que nos habla, «fuertes», «poderosos» y «dominantes», por su superioridad moral; más «soberbios» y «altivos» no los creará (en esto estoy de acuerdo con el Sr. Fernández). La altivez y la soberbia son impropias de los «superhombres», de los de razón clara y fe ardiente en la justicia de su causa, y en cambio caracterizan al déspota.

Tiene razón el Sr. Fernández al decir que la resignación del Cristianismo produce el orden, pero no el asentimiento á cualquier injusticia, sino todo lo contrario. La resignación del verdadero cristiano es la de Cristo; se impone la misión de mantener la fe y decir la verdad donde quiera que sea, y sin temor á nadie ni á nada resistir á toda tentación que no esté conforme con la idea que tenemos formada de la justicia y del bien; no resistir al mal con el mal, sino con la práctica constante de las buenas obras, y someterse (y aquí entra la resignación) sin murmurar de su suerte, á las consecuencias de tal proceder. Esta es la resignación del verdadero cristiano, que produce el *orden* que debemos desear; pero no la resignación que supone el Sr. Fernández, que, para mí, es servilismo, y que es practicada por muchos que impropiamente se llaman cristianos. Aquella es la resignación del cristiano de verdad; ésta es la del que, con la capa de Cristo, encubre la mezquindad de su ser. El *orden* que por esta última sumisión se alcanza es lo que sostiene el Sr. Fernández que produce la práctica del Cristianismo; pero el orden que se obtendrá con la resignación puramente cristiana, será otro: será el imperio de la fraternidad humana sobre la Tierra.

El Cristianismo verdadero es, efectivamente, «piadoso» y «perdona», como dice el Sr. Fernández, y, por lo tanto, no es esclavitud, ni tiranía, ni explotación, ni crimen, que si eso fuera, ¿cómo podría perdonar y ser piadoso? Achaque todos esos defectos á la religión del dinero, al Romanismo, que es todo eso y mucho más, con el aditamento de «*altivo é insultante*», como qui-

siera el Sr. Fernández que fuese el Cristianismo. El Cristianismo no puede ser tal cosa, el Romanismo lo es; quédese, pues, con el Romanismo. Pero no se quede el autor de tales afirmaciones con religión tan inhumana, porque será cristiano también, lo quiera ó no lo quiera. Cree en Dios, en el Dios que yo creo, en el Dios de la Naturaleza, no en la *divinidad* injusta, cruel y vengativa de algunas religiones; cuando canta á Dios está admirable; cree tambien en la existencia de las inmortales individualidades espirituales que aprisionadas en cuerpos humanos evolucionan en la Tierra hácia la suma perfección; cree en la reencarnación y en otros principios que yo creo; y quien en todo esto cree, podra hoy, merced á una desviación mental y llevado por el fuego del entusiasmo juvenil, de suyo irreflexivo, caer en los extremos lamentables de que me ocupo y seguiré ocupándome; pero como indefectiblemente el progreso se realiza en los seres, y aceptar el ideal cristiano en su pureza, que es el mismo ideal de perfección difundido por todos los Redentores, es un progreso sensible, creo que á no tardar, el autor de *La Psicología de las Religiones* militará en las filas de los que juzgan que el ideal cristiano es el ideal llamado á redimir á la humanidad y á convertir la Tierra en un paraiso. Ha dado ya el primer paso aceptando los principios fundamentales del Espiritismo y afiliándose en el ejército de los que quieren conquistar la Humanidad para el Progreso. No tardará en dar el segundo paso, abjurando de sus errores presentes y haciendo profesión de fe cristiana.

Angel Aguarod

Sección de crítica religiosa

Pàginas hermosas

El pasado era la extraordinaria historia del Cristianismo primitivo, de la lenta y pausada evolución que convirtió á ese cristianismo en el catolicismo actual, que no es otra cosa que un poder, un organismo para gobernar los pueblos y someterlos al yugo de una pesada servidumbre. Bajo toda evolución religiosa se oculta una cuestión económica, porque el eterno mal, la lucha de la vida, no existe mas que entre el pobre y el rico. Cuando los judíos se establecieron en Canaan, estalló la lucha de clases por haber creado la propiedad legitimando solemnemente y al amparo de toda ley moral y social el título de pertenencia. Hay ricos y hay pobres y la cuestión social desde entonces presenta los caracteres de un problema grave que los siglos no han podido aún resolver ni es fácil que resuelvan sin grandes violencias y trastornos, pues los preliminares de la lucha y el anuncio de la gran hecatombe, elocuentemente se deja manifestar en todos los pueblos de la tierra.

La transición de la vida nómada en que á todos era común el Paraiso, fué tan brusca y de tal modo empeoró el estado del hombre, dividido por la riqueza en castas, que toda violencia parecía poca para reconquistar su perdida edad de oro. Hasta Jesús, los profetas no fueron más que rebeldes que surgieron de la miseria del pueblo, exaltados que hablaban de sus desdichas, atacando á los ricos á los cuales profetizaron toda clase de males, todo linaje de desventuras en castigo de su injusticia y de su dureza. Jesús mismo, no es ni más ni menos que el último de estos valientes propagandistas de la igualdad, el último de los que más y con más soberana elocuencia han reclamado el derecho de los pobres. Los profetas socialistas y anarquistas, que de todas tendencias los ha habido, predicando á las muchedumbres, han abogado por la igualdad social y la han pedido hasta con la amenaza de destruir el mundo de retardarse el advenimiento de la justicia suprema y el reinado de Dios. Todos por igual han aportado á los pobres el odio al rico; toda la doctrina de Jesús no es otra cosa que una amenaza contra la riqueza, contra la propiedad en la forma como aparece vinculada y si su doctrina como revelación del cielo se cumpliera de una manera extricta, el reinado de paz y de fraternidad en este mundo sería hoy una hermosa realidad, el retorno del hombre á la edad de oro, viviendo la vida de las satisfacciones puras; el sueño, en fin, de la comunidad cristiana que constituyó la suprema aspiración del Crucificado.

Durante los primeros siglos, cada iglesia ha sido un ensayo de comunismo redentor, una verdadera asociación cuyos miembros lo poseían todo en común, fuera de la mujer por el cristianismo ensalzada y de la familia por el amor enaltecida. Los Apologistas y los primeros Padres de la iglesia, dan fe de esto. El Cristianismo de esta época, no era más que la religión de los humildes, de los míseros y de los pobres; una democracia llena de fé, un socialismo repleto de entusiasmo para luchar contra la sociedad romana prostituida y plagada de vicios. Cuando esta sociedad se derrumbó podrida por el dinero, cuando sucumbió por el agio de los negocios ilícitos y por la pesadumbre de los desastres financieros, mas bien que por la invasión de los bárbaros, la fiebre continuó devorando á aquel cuerpo enfermo y atenaceado por todos los incentivos de la codicia más sórdida.

Y se tiene de ello una nueva prueba, cuando el Cristianismo triunfante en fin por la lenta labor del tiempo y por las condiciones históricas y sociales de los pueblos, fué declarado religión del Estado. Para conseguir tal triunfo y para asegurar su victoria, hubo necesidad de tratar con los ricos y con los poderosos, y fué de ver por medio de qué sutilezas y de qué sofismas lograron los padres de la iglesia descubrir la defensa de la propiedad en el Evangelio de Jesús! En esto había para el Cristianismo una necesidad política y de vida y solo á este precio convirtióse el Catolicismo en religión universal, en máquina potente y arma de conquista para gobernar el mundo; pero ¡de

qué modo! arriba los ricos, los poderosos que tienen el deber de velar por los pobres, por mas que nunca en comunidad hicieron nada por ellos, y abajo los míseros á los que se enseña en nombre de la religión de Jesús á resignarse y á obedecer, reservándoles solamente el reino futuro, la compensación divina y eterna, admirable monumento que ha durado muchos siglos y sobre el que todo descansa, basado en la promesa de un más allá, la sed inextinguible de inmortalidad y de justicia que consume al hombre.

Esa historia del pasado es conocida hasta la saciedad en nuestros días. Se recuerda á Pedro, piedra angular del Cristianismo, presentándose en Roma por un impulso de genio yendo á realizar los oráculos antiguos que predijeran la eternidad del Capitolio. Se recuerdan también los primeros Papas, sencillos jefes de asociaciones funerarias; más tarde el lento advenimiento del Pontificado poderoso, en perpétua lucha de conquista y forcejeando sin descanso con todas las potestades de la tierra para realizar su ensueño de dominación universal. En la edad media, con los grandes Papas, creyó por un instante la Iglesia conseguir su fin, ser la dueña soberana de los pueblos. ¿No sería la verdad absoluta ese papa pontífice y rey de la tierra que reinase sobre las almas y los cuerpos de todos los hombres como el mismo Dios que en la tierra representa? Esa ambición total y desmesurada, pero de una lógica perfecta, fué conseguida por Augusto, pontífice y emperador (amo del mundo y renaciendo siempre de entre las ruinas de la antigua Roma. Es la figura gloriosa de Augusto la que hechizó á los Papas, fué la sangre de Augusto la que latió en sus venas. Pero el poder se dividió con el hundimiento del imperio romano; era necesario partir, dejar al emperador el poder y gobierno temporal y no conservar sobre él más potestad que la de consagrarle por delegación divina.

El pueblo era de Dios y el papa entregaba el pueblo al emperador en nombre de Dios y podía hasta quitárselo, poder sin límites del que el arma más terrible fué la excomunión, soberanía superior que caminaba al pasado, á la posesión real y definitiva del imperio. En resumen, entre el papa y el emperador, la querella eterna era el pueblo, que ambos se disputaban, la masa inerte de los humildes y de los que sufren, el gran mudo que ostentó siempre sin quejarse su incurable miseria. Se disponía del pueblo como de un niño para su bien y la Iglesia ayudaba verdaderamente á la civilización prestando servicios á la humanidad y repartiendo abundantes limosnas, con lo que aparecía siempre el sueño antiguo de la comunidad cristiana, á lo menos en los conventos; un tercio de las riquezas recogidas para el culto, otro tercio para el clero y el otro tercio restante para los pobres. ¿No era esto la vida simplificada; la existencia hecha fácil á los fieles que no tenían deseos terrenales y esperaban del cielo las benditas satisfacciones? Dadnos la tierra entera, decía la Iglesia, y haremos tres partes de los bienes mundanos y ya vereis qué edad de oro reinará en medio de la resignación y obediencia de todos.

Pero hay que mostrar al papado envuelto en grandes peligros y al salir de su poderío de la Edad Media. Estuvo en poco que el Renacimiento no lo arrastrase con su lujo y su desbordamiento en el hervir de la savia viviente manada de la eterna naturaleza, despreciada y considerada como muerta durante muchos siglos. Más amenazadores aún eran los sordos despertamientos del pueblo, de ese gran mudo cuya lengua parecía que quería empezar á soltarse. Estalló la Reforma como una protesta de la razón y de la justicia, como un llamamiento hacia las verdades desconocidas del Evangelio, y fué preciso para que Roma se salvase de desaparecer, poner en ejercicio la Inquisición y celebrar el Concilio de Trento que afirmó el dogma y aseguró al Pontificado el poder temporal. Entonces fué cuando disfrutó de dos siglos de paz y olvido, porque las sólidas monarquías absolutas que se habían repartido la Europa podían pasarse sin él y no temblaban ya ante los rayos de la excomunión que habían perdido toda su fuerza, según Cromwell, que consideraba al cabeza visible de la Iglesia como un maestro de ceremonias y encargado de poner en práctica los ritos católicos.

En la posición del pueblo habíase producido un desequilibrio grande. Si los reyes tenían al pueblo por Dios, el Papa era el que debía registrar la donación de una vez por todas, sin tener que intervenir para nada, fuese la ocasión que quisiese, en el gobierno de los Estados. Nunca ha estado Roma más lejos de realizar su sueño de dominación universal. Cuando estalló la Revoución francesa pudo creerse que la declaración de los derechos del hombre iba á acabar con el Papado, depositario del derecho divino que Dios le había delegado sobre las naciones. De aquí aquella inquietud primera, aquella cólera, aquella defensa desesperada del Vaticano contra la idea de libertad, contra ese nuevo credo de la razón libre y de la humanidad que entraba en posesión de sí misma. Era como el desenlace aparente de la prolongada lucha por la posesión del pueblo entre el emperador y el papa; el emperador desaparecía y el pueblo en adelante libre para disponer de su destino pretendía escapársele al papa, solución imprevista ante la cual parecía que debería derrumbarse todo el antiguo andamiaje del catolicismo.

Hay que llamar al Cristianismo primitivo para ponerlo enfrente del catolicismo actual que es el triunfo de los ricos y de los poderosos. Esa sociedad romana que Jesús vino á destruir en nombre de los pobres y de los humildes ¿no la restauró la Roma católica á través de los siglos con su obra política de dinero y de orgullo? Y qué triste ironía cuando se afirma hoy que después de mil nuevecientos años de Evangelio, el mundo se encenega de nuevo en el agio, en los negocios ilícitos, en los desastres financieros, en esa horrenda in justicia que permite que haya hombres repletos de riqueza entre los millones y millones de hermanos suyos que perecen de hambre!... Todo lo que se refiere á la salvación de los míseros hay que comenzarlo de nuevo, y estas cosas terribles hay que decirlas no al impulso del odio, sino dejándonos llevar del

sentimiento que la caridad dulcifica con frase impregnada de esperanza y exenta del ímpetu revolucionario que la razón ofusca. No hay que atacar al dogma, sino restituirlo á su pristina pureza en forma apostólica, y dándolo á las nuevas generaciones como un poema sentimental en cuyo fondo arda el encarecido amor al prójimo que Jesús predicó en la tierra al expirar en la Cruz.

EZEDA.

Seccion Medianímica

La voz de un Espíritu

En el momento actual en que parte de la prensa espiritista viene publicando algunos artículos encaminados todos ellos á estimular el celo de la opinión militante en nuestras creencias para que vigorizando las aspiraciones y armonizándolas en comunes iniciativas y tendencias bien determinadas, procuremos emprender orientaciones que franqueen la ya gastada esfera de acción en que laboramos, voy á permitirme verter una idea que no es mia: es la juiciosa observación de un buen espíritu que asiste al Grupo «Amor Fraternal» de esta ciudad, en el que ha dado una serie de dictados medianímicos, los cuales tanto por la alta moral y profundidad de pensamientos que en ellos resplandecen, cuanto por el estilo siempre cariñoso y correcto, y á veces sublime que les distingue, son dignos del elevado espiritu que las subscribe firmando unas veces Tomás y otras Tomás de Aquino.

«Hallábanse reunidos algunos de los hermanos que constituyen el Grupo referido, cuando el espíritu citado, escribió medianímicamente dirigiéndose á uno de los presentes: «El artículo que has escrito es bueno; pero el filósofo, el teólogo, el literato, y todo aquel que aspire á propagar sus ideales acude á aquellos medios que más pueden favorecer sus propósitos.

»Si remites tu trabajo á una revista espiritista, es evidente que como el número de sus lectores es muy limitado, aunque éstos aprueben el tema que en aquél desarrollas, no por eso consigues el objeto fundamental de tu labor, que es el de ganar adeptos á la doctrina espírita. Envía tu artículo á la prensa de gran circulación. De todos modos, como la flor perfuma el ambiente, lo mismo en el cuidado jardín que en la escondida selva, tu trabajo, allí donde se publique, exhalará su aroma.»

Si reflexionamos sobre los anteriores párrafos transcritos, concluiremos en que la advertencia no puede ser más directa.

Sabemos que las revistas espiritistas no se leen más allá de nuestras colec-

tividades, en su mayoría poco nutridas en número, y para mayor desgracia, sabemos también que en nuestro pais son muchos los espiritistas que solo cifran su atención en las comunicaciones, desdeñando la parte filosófica é importándoseles un ardite de la conveniente, mejor dicho, de la necesaria adquisición de conocimientos teóricos que al par que enriquezcan su inteligencia afirmen su credo doctrinal, pues extienden cuando más su actividad intelectual á la rápida lectura de algunas páginas de las que apenas consiguen asimilarse ligeros conceptos.

Y si, por el contrario, nos fijamos en las fechas de muchos de los artículos de nuestras revistas, observaremos que varios de aquellos ven la luz pública con retraso, lo que acusa un exceso de original en nuestra prensa.

Una parte, pues, del esfuerzo intelectual de nuestros escritores queda esterilizado, siquiera sea momentáneamente, por la escasez de revistas, las que, á su vez, deben relacionar el número de páginas de su edición con el de los lectores respectivos.

Ahora bien, aunque la labor de propaganda individual y colectiva que hasta aquí venimos practicando dé algunos resultados, ¿no sería más práctico, de más positivos efectos, consagrar parte de nuestros afanes á defender nuestra filosofía en la prensa librepensadora, en ese palenque abierto á todas las especulaciones del pensamiento, en el que presentados nuestros ideales como síntesis luminosa que dentro de la ley natural reconcilia las tendencias y conclusiones de la razón con las del sentimiento, irradiación en muchas inteligencias que buscan afanosas la luz de la Verdad?

Si seguimos de cerca la circulación de la prensa ácrata y socialista, veremos que ésta es adquirida por obreros, que sintiendo en su conciencia las afirmaciones de su *yo*, en su pensamiento los fulgores de la idea y en su voluntad los empeños que prestan las grandes aspiraciones, leen afanosos aquellas páginas nutridas de teorías materialistas, pretendiendo inútilmente buscar en ellas los destellos que iluminando las tenebrosidades y luchas morales que se agitan en su fuero interno, sancionen la mentida concepción que se formó del Universo y de la vida.

Y si esos mismos inteligentes obreros al repasar la acostumbrada revista ó el cuotidiano periódico, tropiezan con un nuevo cuerpo de doctrina que enlazando la filosofía de la Naturaleza con las incesantes aspiraciones del pensamiento, y la concepción de un estado psíquico con la sindéresis de la vida, una, en armoniosa conjunción el *Nosce te ipsum* de los antiguos como base del conocimiento superior, con las empíricas afirmaciones de la moderna ciencia experimental, quizás esos hombres comprendan que los movimientos del alma y los misteriosos anhelos que impulsan á la criatura á un estado de perfección presentido por el íntimo deseo, no son, como suponen los materialistas, producto de la casual combinación de las fuerzas ciegas.

Y si alguno de ellos á merced de intensa meditación reconstituye las prin-

cipales fases de su existencia y establece un paralelo entre las luchas sostenidas, los desfallecimientos pasados, los amargos desprecios sufridos y sus más ocultos sentimientos, sus más recónditos deseos y sus más secretos instintos, y extiende este paralelo á muchos de los que le rodean, cuyas escondidas tendencias y disfrazados impulsos penetra, y que como él, viven aspirando tristezas y rumiando penas, tal vez de este trabajo de comparación, de esta investigación minuciosa, venga á concluir en laboriosa exégesis mental, de que hay un algo que bajo uno ó varios aspectos determinados, parece unir fatalmente la crudeza de los desengaños y las ingratitudes del destino con la fiereza de los apetitos sofocados y la impetuosidad de las pasiones contenidas.

Y de inducción en inducción, y de conocimiento en conocimiento, quizás su natural inteligencia, respondiendo á las crecientes intenciones del pensamiento, desdeñando el mezquino criterio que limita las irradiaciones intelectuales y morales de la criatura al latido postrero de un órgano, quizás su inteligencia, digo, se remonte, anhelando suaves inspiraciones que le aproximen de la Causa suprema, del Origen increado de la ley inmanente de luz y armonía, de sabiduría y belleza que preside el Universo.

Y si al descender de nuevo á las intimidades de su alma, evoca en ella caricias que fueron, afectos adormecidos, esperanzas malogradas y ensueños marchitos, acaso, si se encuentra en solitario paseo ó escondida playa, se haga, cual Marietta en la Marguellina de Nápoles, la ilusión, tal vez no muy lejana de la realidad, de que los elementos son intérpretes que relacionan sus impresiones con las del sér idolatrado un día, y en un ténue rayo de luz, en el movimiento de una hoja seca, en el leve soplo de la brisa ó en el ruido de la espuma, crea distinguir en torno suyo líneas vaporosas y formas vagas, y percibir el blando contacto de invisibles manos, al tiempo que algo muy quedo, el rumor de un sentimiento ó el eco de una idea murmura en su oido «espera».

Y volverá á leer y saturarse de la nueva filosofía que tan explendorosos horizontes ha abierto á su destino, y seguro de su porvenir, henchido de esperanzas y animado por exquisitas sensaciones, comprendiendo ya que las ideas innatas no son, como afirma Heriberto Spencer, percepciones acumuladas y trasmitidas por la herencia, sino progresos anteriores del espíritu, que tiene el deber de desarrollar y utilizar en bien de sus hermanos, aprovechará las luces de su clara inteligencia para llevar á sus compañeros un inefable consuelo moral, arrancándoles á la obscuridad en que se hallan sumidos, constituyéndose en heraldo de nuestros sublimes ideales.

Y lo que digo de los obreros hago extensivo á muchos librepensadores de las distintas clases sociales, que solo desean ver un punto de verdad, una síntesis razonada, una verificación científica que vivifique las fuerzas morales latentes en sus espíritus, para abjurar del sombrío sistema que Carl Volgt concreta en impía frase de rabiosa impotencia, diciendo: «El pensamiento es producto de la segregación del cerebro».

Vosotros todos, escritores espiritistas, que en aras de vuestros ideales é inspirados por el más amplio y generoso altruismo venís trabajando por difundir la semilla implantada por Jesús de Nazareth y fecundizada en nuestros tiempos por espíritus de luz.

Vosotros, que á vuestro entusiasmo, talento y dominio del léxico del idioma, unís la poderosa dialéctica que convence, la vasta erudición que subyuga, la riqueza de frase que esmalta el pensamiento y la galanura de estilo que abrillanta el discurso.

Si quereis que vuestros afanes y desvelos logren el éxito que anhelais, iniciad una campaña en la gran prensa, que de la discusión profunda, de la pública controversia entre las diversas escuelas, surgen los resplandores que determinan la progresiva evolución del Conocimiento.

Sin duda espíritus etéreos juzgan que hay en nuestro pais una gran masa favorable á la adopción del credo espiritista, cuando en varios centros hermanos aconsejan simultáneamente seguir esas orientaciones.

Sea el cariño fraternal el estímulo que inspire vuestros trabajos.

Recordad la frase de Estrella: «A Dios no se le encuentra sino al través del amor de otras almas».

José de Maruri.

Cádiz, Julio 1904.

COMUNICACIONES

Hermanos y amigos mios:

No dudeis ni un momento de que vuestras vidas, como la de todos los séres de la creación se verifican en el cielo de Dios, que estas vidas no son sino partes de la vida universal, y que tanto ayer como hoy, es decir, tanto en esta y en las anteriores existencias como en las que las procedan, os hallareis ante la eternidad del espíritu, tan igual y por completo, como si fuera vuestra morada otro cualquiera de los planetas del inmenso archipiélago estrellado.

Que esta creencia inspire á vuestras almas, y establezca simpatías y sentimientos hermanos hacia esos luminosos mundos que radian en el infinito y que hasta ahora el hombre consideró como fanales que Dios creara para ahuyentar las sombras de vuestras noches; no, esos infinitos mundos que ruedan en la inmensidad son los palacios habitados por humanidades hermanas vuestras.

Cuando mireis á uno de esos astros que cruzan el éter, figuraos que os asomais á la barquilla de un globo aereostático para contemplar una nave que surca los mares; sí, vuestro mundo no es sino un insignificante esquife que

boga en el espacio inmenso y que mirais cuando vuestros ojos se dirigen á otros mundos que aparecen ó desaparecen, según la estela del vuestro.

En esos mundos también hay encantadores y solitarios paisajes; en su periesfera se encuentran ciudades populosas, arrobadoras auroras, profundos mares, arroyuelos de dulce murmurar donde fragantes flores de tiernos pétalos bañan sus perfumados cálices; también hay elevadísimas montañas que alzan sus altivas frentes sobre las nubes, cargadas, como las vuestras, de relámpagos y truenos; y en fin, hermanos, en esos venturosos mundos (y no me refiero á los de expiación porque las evoluciones son progresivas, y en virtud de esta ley el espíritu podrá estacionarse, pero nunca volver á ellos sino para cumplir misiones que le fueran confiadas por el Altísimo por mediación de los espíritus puros); en esos venturosos mundos, digo, hay también séres en cuyos rostros brilla la majestad de la Ciencia y en sus ojos la santidad del Amor que allí no es una abstracción, porque se ama como se ama á Dios, en espíritu y en verdad, y las obras y palabras amorosas son efluvios de los sentimientos del espíritu, saturado siempre de este amor.

¡Amor, emanación sublime, tú fuiste el lábaro de purificación de mi espíritu; por tí sufrí en ese planeta una parte infinitesimal de lo que gozo en estas celestiales regiones, que también es parte infinitesimal de la ventura de que gozará mi espíritu, cuando cumpliendo sus ulteriores destinos, marche unido y para siempre con el objeto de su amor.—MARIETTA.

(Grupo Espiritista «Amor Fraternal» de Cádiz.—13 Marzo 1904.—Medium mecánico: B. M.)

* * *

Alabado sea Dios.

Hermanos: Una vez realizados los feroces instintos á que nos impulsa la materia, la atracción decrece hasta que el corazón llega á hastiarse de las pasiones que en él se despertaron, y que no fueron sino rápidos colapsos que murieron al nacer; pero si son puros sentimientos de un alma por otra que llega á presentirlos, vislumbrarlos ó comprenderlos, entonces la atracción aumenta vigorosamente, y las suaves brisas del amor estrechan aún más y más los lazos que las unen.

¡Oh, hermanos mios! Las pasiones nacen heridas de muerte; viven un día para morir al otro abrasadas por el intenso fuego de los deseos; podeis decir que nacen con el virus de los vicios para caer en la tumba del olvido: pero los sentimientos, los destellos del alma, viven como las flores, emanando deliciosos aromas de sus pétalos y cálices, y cuando se extinguen en la Tierra es para morar en estas celestiales é infinítas regiones.

La sencillez del corazón de la mujer le hace ver sinceridad en donde no hay más que deseos libidinosos é impuros; le hace ver amor donde no hay más que adulación y engaño, y en una sonrisa, en un signo imperceptible,

en una palabra, cree encontrar la felicidad de su vida, y ese signo, esa sonrisa y esa palabra, suelen ser preludios de muchos siglos de acerbo llanto.

¡Hombre! ¿Cómo quieres, cómo exiges virtud en la mujer si desde que la conoces, desde que cruzas con ella tus primèras palabras, pones toda tu sagacidad en prostituirla?

¡Y tú, mujer! ¿Cómo quieres constancia en el amor del hombre, si desde que le conoces, y también desde que cruzas con él las primeras palabras, estudias el modo de engañarle?

¡Hombre y mujer de la Tierra, que en vez de atraeros por las emanaciones divinas del amor os atraeis por los placeres! ¿No comprendeis que tanto las más arrogantes formas del hombre como las delicadas y sonrosadas carnes de la mujer más bella se transforman, deshacen y vuelan á la atmósfera, á ese inmenso depósito de materiales de vuestro mundo?

El amor á la materia, como deseo, muere; el del espíritu, como sentimiento, es infinito.

Yo amé con delirio á la materia, y esta... me legó su tristeza, pero el casto é inmenso amor de una celestial mujer, me redimió. ¡Bendita seas tú, alma noble y generosa!

Hermanos, los hechos más culminantes de una de mis existencias en ese planeta, los conoceis, cuando en él era conocido con el nombre de—Firmado.—Estrella.

(Grupo Espiritista «Amor Fraternal».—Cádiz 5 Marzo 1904.—Medium mecánico B. M.

Seccion Científica

Trascribimos lo siguiente del último libro de Flammarión:

«He recibido la carta siguiente de un diputado y poeta muy conocido y estimado por todos por la sinceridad de sus convicciones y el desinterés de su vida:

Querido maestro y amigo:

Era en 1871. Estaba yo en la edad en que se recojen florecillas en los campos como usted recoje estrellas en el infinito, pero en un momento en que olvidé aquella poética ocupación, escribí un artículo que me valió algunos años de prisión.

Estaba yo, pues, en la cárcel de San Pedro, en Marsella, en la que también se encontraba Gastón Crémieux, condenado á muerte y al que quería mucho porque los dos habíamos tenido los mismos sueños y caido en la misma realidad. En los paseos de la prisión era frecuente que hablásemos de la cuestión de Dios y del alma inmortal. Un día algunos camaradas se declararon ateos) y materialistas con una vehemencia poco ordinaria y les hice observar que no estaba bien en nosotros proclamar esas negaciones ante un condenado á

muerte que creía en Dios y en la inmortalidad del alma. El condenado me dijo sonriendo:

«Gracias, amigo mío. Cuando me fusilen iré á dar á usted la prueba por una manifestación en su celda.

La mañana de 30 de noviembre al rayar el alba, fuí repentinamente despertado por *unos golpecitos secos dados en la mesa*. Me volví y el ruido cesó. Me dormí de nuevo y unos momentos después sentí el mismo ruido. Salté entonces de la cama y me puse, bien despierto, delante de la mesa. El ruido *continuó*. El hecho se reprodujo todavía una ó dos veces en las mismas condiciones.

Al levantarme todas las mañanas, tenía yo la costumbre, con la complicidad de un buen carcelero, de ir á tomar una taza de café á la celda de Cremieux y aquel día me dispuse á hacer lo mismo. ¡Ay! ví sellada la puerta de su prisión y observé por el ventanillo que él no estaba en ella. El carcelero entonces se arrojó en mis brazos y me dijo llorando:

»Le han fusilado esta mañana al despuntar el día. Ha muerto con gran valór».

La emoción fué grande entre los presos, á los que el miedo pueril de que se burlasen de mí me impidió contar lo que había sucedido en mi celda en el minuto preciso en que Crémieux caia acribillado de balas. Hice sin embargo la confidencia á uno de ellos, Francisco Roustan que dudó un momento si la pena me había vuelto loco.

He escrito este relato al correr de la pluma. Haga usted de èl, el uso que le parezca útil á sus investigaciones, pero no forme sobre mí el juicio de mi amigo Roustan, porque el dolor no podía haberme vuelto loco cuando el conocimiento del hecho no lo había aún provocado. Me encontraba en mi estado normal, no sospechaba la ejecución y oí perfectamente aquella especie de advertencia. Esta es la verdad desnuda.

CLOVIS HUGUES.»

Según este relato, parece que en el momento mismo en que Gastón Crémieux era fusilado (su condena databa de los días de la *Commune* de Marsella del 28 Junio), su espíritu obró sobre el cerebro de su amigo y le dió una sensación, un eco, una repercusión del drama de que era víctima. Desde la prisión no se podían oir los tiros (el fusilamiento se verificó en el faro) y el ruido se repitió varias veces. El hecho es tan raro como los precedentes, pero difícil de negar.

Una carta del célebre Lombroso

Como sabrán nuestros lectores, el eminente Dr. César Lombroso, asistió á varias sesiones en que se produjeron admirables fenómenos espíritas, con intervención de la notable medium de efectos físicos Eusapia Paladino, y no pudo menos que declarar lealmente la realidad de tales fenómenos.

A propósito de esto, traducimos lo siguiente de un colega que se publica en portugués en el Brasil:

«El doctor alemán Moll afirmó que el profesor César Lombroso fué engañado por la medium Eusapia Paladino, y por eso confesó la existencia de los fenómenos espíritas.

El profesor Lombroso, al tener conocimiento de lo publicado por Moll, dirigió la siguiente carta al «Berliner Tageblat»:

«Señor Director: Tengo leidos los artículos del Dr. Moll contra los mios sobre el Espiritismo, y á ellos nada contestaré. Mi larga experiencia me ha demostrado la inutilidad de la polémica sobre cuestiones científicas de importancia.

La base de la crítica y de la resistencia á toda innovación se halla en el «misoneismo«, en el odio contra lo nuevo; y mientras no llega el tiempo de madurez para ciertas verdades, muchos pensadores dan vuelta en torno de ellas, sin ver más que imperfecciones y faltas y sin comprender su verdadero alcance. Durante 29 años se me ridiculizó en Italia porque me atreví á establecer, apoyado en centenares de pruebas, que la «pelagra es una consecuencia de la alimentación con el mijo fermentado, hecho que admite hoy todo el mundo científico: La idea de equiparar los delincuentes con el epiléctico y el «pazzo morale», produjo también una tempestad en Alemania, hace algunos años; en tanto que hoy es generalmente aceptada.

Mis nuevos estudios, que provocan la risa de muchos, correrán la misma suerte, y espero que me haga justicia, no la polémica, sino el tiempo.

Solo digo esto: que en las sesiones á que he asistido, he visto muchos fenómenos en plena luz: que me acompañaban cinco médicos alienistas mucho más escépticos que yo; y que un médico viejo como soy, alienista y legista, se halla en buenas condiciones para poder conocer una simulación, que es el *a b c* de la psiquiatria legal.

César Lombroso.»

CRÓNICA

ARTÍCULO QUE FALTA EN EL CÓDIGO

Un médico cuyo nombre no cito por ignorarlo, tuvo amores y un hijo con una joven.

Abandonó á ambos, y ella hizo cuanto pudo porque volviera á su lado; mas todo fué en vano.

Desesperada, buscóle un día y trató de agredirle; él pidió socorro ¡un hombre!, y ella fué procesada por amenazas.

Se ha celebrado la vista é ignoro el resultado. Pero sea cual fuere, siempre resultará que en el Código penal falta este artículo:

»Todo el que abandonare á un hijo habido con cualquier mujer, y en la forma que fuere, será condenado á diez años de presidio. Si existieren circunstancias agravantes, se duplicará la pena.»

Y con seguridad que disminuirían las infamias que constantemente se cometen sin que las autoridades intervengan en estos verdaderos crímenes, que ni siquiera están hoy calificados de faltas.

Con este artículo en el Código, aplicado sin contemplaciones, no habría tanta prostitución ni tanta mujer abandonada, ni tanto niño hambriento ó en la Inclusa, ni tanto infanticidio, ni tanto bribón usurpando la plaza de hombre honrado.

Y la inmoralidad disminuiria y la justicia se cumpliría, y la equidad prevalecería y quedarían anuladas una porción de ideas falsas que se tienen acerca del honor y del deber, imponiéndose las verdaderas.

José Nakens.

NECROLOGÍA

El día 10 del actual á las diez de la noche, desencarnó nuestro muy querido amigo y hermano D. Federico Argüelles y Ladrón de Guevara, á la edad de 81 años, coronel de inválidos procedente del arma de ingenieros militares, habiendo sido por infinidad de años gentil hombre de D.ª Isabel II que la ha anticipado hace poco á la desencarnación de su fiel amigo y buen consejero, no habiendo ocultado jamás sus creencias, puesto que en muchas ocasiones le encontró en *infraganti* con varios amigos, haciendo reuniones de velador en su mismo palacio, dando lugar á conversaciones sobre Espiritismo, que eran escuchadas con muchísima atención por S. M.

Espiritista racionalista de profundos conocimientos y alta ilustración, contemporáneo del Vizconde Torres Solanot, general Bassols, fué uno de los fundadores de la célebre Sociedad Espiritista Española, como también de los tantos que presenciaron las comunicaciones que obtenía el medium D. Daniel Suárez Artazu, que dió origen al hermoso libro de los espíritus elevados Marietta y Estrella.

Le deseamos á su espíritu salga cuanto antes del periodo de turbación.

Establecimiento Tipográfico de Moscat y Oñate